

NORMALIZACION INTERNACIONAL DE LA TERMINOLOGIA FITOPATOLOGICA

POR

JOSE M.^a DEL RIVERO

Ingeniero Agrónomo.

La defensa de las plantas cultivadas, en su más amplia aceptación, ha experimentado en los últimos años un avance sorprendente, tanto en lo que se refiere a técnicas y métodos como a patología y terapéutica, de forma que se ha llegado a crear una rama de la Agricultura con personalidad propia y que reclama una terminología construída sobre bases más racionales.

En el campo de la entomología agrícola o aplicada hay naciones, como Estados Unidos e Inglaterra, en las que se ha puesto en práctica la normalización en la designación científica y común de los insectos, ácaros y nemátodos [1, 3]. En España, muy recientemente, nos hemos ocupado también de esta cuestión [4]. Para las enfermedades y malas hierbas el progreso en este sentido ha sido menor. En general, este deseo de uniformación está latente y más o menos claramente manifestado en un gran número de países.

La designación de insectos, enfermedades, malas hierbas, etc., descansa para cada nación en su aceptación popular sobre los respectivos idiomas o dialectos. Esto da lugar, muchas veces aun dentro de un mismo país y hasta región, a una variedad de denominaciones muy grande. Los nombres científicos sufren también modificaciones, pero esto es inevitable por ser una consecuencia natural de la evolución de la Entomología y demás Ciencias naturales. Los nombres vernáculos, construídos sobre bases más simples, presentan una mayor fijeza. Por esta razón, por ser más asequibles al agricultor y menos áridos de manejar en la práctica corriente, hasta para los mismos profesionales, son preferidos a los nombres científicos y su uso consagrado por una larga experien-

cia, por lo que deben constituir la base del lenguaje entomológico y botánico, tanto agrícola como forestal, ganadero y doméstico.

Sin embargo, es un grave inconveniente la existencia frecuente de diversos nombres para una misma plaga e incluso designaciones iguales para diversas plagas, que crean un gran confusionismo. Por eso, para facilitar la labor y las relaciones, cada día más complejas, entre los técnicos, los fabricantes, industriales, manufactureros, agentes de ventas, capataces, comerciantes, organismos oficiales y cuantos de una manera formal y racional están interesados en la defensa de las plantas cultivadas, es conveniente, si no necesario, que dentro de cada ámbito nacional se establezcan los nombres comunes de las distintas plagas de insectos, enfermedades y malas hierbas de una forma inequívoca y con sus correspondientes equivalencias en los nombres científicos y otros vulgares que pudieran tener. Dichos nombres comunes serían bajo los que exclusivamente se conocerían las plagas en las publicaciones divulgadoras y en el lenguaje aplicado corriente, reservándose la sinonimia popular y, si se quiere, los nombres científicos, para reseñar en un segundo plano.

Se puede dar un gran paso en este sentido, aprovechando el vocabulario ya existente y haciendo una clasificación y selección del mismo, pero como nos referimos a una ciencia viva, en constante evolución, es mejor proceder con más detenimiento y encauzar en la medida de lo posible este asunto, buscando el establecer unas normas únicas que fijen no sólo los nombres comunes de las plagas actuales, sino que sirvan como criterio para designar las que en lo sucesivo puedan aparecer, de forma que su denominación deje todo carácter arbitrario para convertirse en una solución orgánica de esta cuestión.

De todas formas, las bases por las que se rija la denominación de los nombres comunes de las plagas, que son los que se tendrán que utilizar en la práctica, como anteriormente hicimos constar, deberán tener una elasticidad tal que se permita el aceptar como excepciones aquellos nombres populares más consagrados por una larga tradición y, en otros casos, hacer pequeñas concesiones en gracia a armonizar los intereses de las nuevas ideas con designaciones muy arraigadas en el espíritu popular. Aunque en los países con muchas tradiciones, muy individualistas y con grandes variantes locales este sistema preconizado tarde algún tiempo en implantarse, es lo cierto que a los organismos y personas interesadas en su aspecto científico, técnico, industrial y comercial les ha de reportar tan grandes beneficios que hay que esperar su total adhesión.

La masa agricultora más culta tampoco puede costar mucho tra-

bajo el llevarla paulatinamente a utilizar estos nombres, y al resto de los hombres de campo se les puede también inducir a ello si se tiene la precaución de cuando aparezcan nuevas plagas adelantarse a que los nombres con que el vulgo arbitrariamente las bautiza adquieran carta de naturaleza, divulgando por todos los medios posibles el nombre vulgar que lógicamente les corresponda. La experiencia enseña que generalmente existe un gran desconcierto en principio para establecer nombres vulgares definidos a las plagas nuevas, y sólo al cabo de un cierto tiempo se impone uno de los varios que se manejaron como más populares. Es precisamente esta coyuntura psicológica la que hay que saber aprovechar hábilmente para conseguir el fin deseado. Pero no son únicamente éstas las dificultades que encontraremos, sino que también hay otras que se refieren muy particularmente a la determinación del criterio orgánico para el establecimiento de los nombres comunes, como ya hemos apuntado en otra ocasión [4], recogiendo el testimonio de competentes investigadores que se ocuparon hace ya tiempo de este asunto.

De esta forma se resuelve un problema local, pero dada la importancia que tiene para la Ciencia y Técnica actuales el intercambio entre los distintos países, se impone la necesidad de facilitar estas relaciones mediante el establecimiento de las debidas equivalencias entre los nombres comunes de las plagas de las distintas naciones, lo que se puede hacer muy bien por la publicación en los respectivos países de las listas de los nombres comunes con sus equivalentes científicos. Planteada esta cuestión en último extremo en términos internacionales, parece conveniente que, en la medida de lo posible, las bases por las que se rija la designación de los nombres comunes de las plagas para cada nación se estructuren con arreglo a un criterio internacional único, de líneas muy generales y permitiendo una gran flexibilidad a las adaptaciones para los diversos países. Es indudable que representaría una gran ventaja el que la fijación de los nombres de las plagas se hiciera para todas las naciones sobre un criterio básico mínimo. Igualmente deberían ser únicas para todos los países las normas sobre escritura de dichos nombres, y que comprende lo que se refiere al empleo de letras mayúsculas y minúsculas, comillas, etc., etc.; y de lo que también se podría ocupar el Comité internacional que naturalmente surge de las consideraciones que acabamos de hacer.

Los nuevos productos fitoterapéuticos, las máquinas, los problemas toxicológicos, etc., etc., crean también otro campo importante en el que es conveniente igualmente proceder a establecer la debida normalización. Esta permitiría a los técnicos, como ya antes hemos indicado, fa-

cilitar su importante labor y sus relaciones entre ellos; ya que se lograría una mayor inteligencia al escribir sus artículos, libros y comunicaciones, y al redactar los folletos, hojas divulgadoras y etiquetas de los productos con arreglo a normas bien establecidas y con un mismo fondo común.

Las marcas comerciales quedan naturalmente al margen de esta cuestión, pero no ocurre lo mismo con los nombres técnicos de los productos fitoterápicos. Puesto que para éstos está justificado el uso creciente de establecer también nombres comunes (los *coined names* de los americanos), que resultan más fáciles y manejables que los nombres químicos, debe disponerse igualmente de un criterio para que los nombres o símbolos aceptados internacionalmente se estructuren en cada idioma con arreglo a las mismas normas que lo fueron para el de la lengua original en que se establecieron en principio. Por ejemplo, es absurdo que en español se haya visto escrito dieldrina y dieldrín, aldrina y aldín, paratión y "Parathion", lindano y lindane, cuando seguramente las denominaciones más lógicas en este idioma serían, respectivamente, dieldrina, aldrina, paratión y lindano. Las normas que se emplean en Estados Unidos para esta cuestión [2] marcan un criterio a seguir de gran utilidad.

Si para los nombres comunes de las plagas la normalización, aun dentro de un criterio internacional único, ha de tener un marcado carácter particular para cada país, por su estrecha relación con las costumbres e idiosincrasia locales, en cambio, para los productos fitoterápicos, al no existir estas raíces en el ambiente popular, se puede simplificar mucho la diversidad de designaciones si se acepta el criterio simplista de que las normas que se establezcan se refieran a los idiomas exclusivamente. Es decir, las reglas que se emplearán en los países de lengua española, por ejemplo, serían las mismas; igualmente sucedería con los países de habla inglesa, francesa, etc.

De un modo análogo deben quedar previstas en la misma forma que acabamos de exponer todas las cuestiones relacionadas con la escritura de los nombres comunes (*coined names*), de las marcas comerciales, de los productos que todavía están en experimentación, de los que aún no tienen fijado un nombre común y de aquellos que se representan por símbolos o abreviaturas.

Hay también una serie de asuntos en los que igualmente es susceptible el poder llegar a acuerdos internacionales o, por lo menos, a hacer recomendaciones a los países interesados, como son los relativos a la redacción de las etiquetas de los productos fitoterápicos, declaración

obligatoria de los componentes de los preparados comerciales, evitar ideas confusas sobre los insecticidas que tienen varios isómeros — ya que decir, por ejemplo, de un compuesto de HCH que es un preparado a base de isómero gamma puro es una redundancia innecesaria, que puede crear una confusión con el lindano [5] —, coloración de productos tóxicos, etc., etc. Sobre algunos de estos extremos nos hemos ocupado en varias ocasiones [5, 6].

Indudablemente no es necesario extenderse demasiado para demostrar la necesidad de llegar a la normalización que se preconiza en este artículo, porque ciertamente está en el ánimo de todos. Tampoco nos parece oportuno hacer ninguna proposición concreta sobre lo que se podría llamar anteproyecto de bases para la normalización fitopatológica internacional, a pesar de habernos ocupado de esto en lo que respecta a los nombres comunes de los insectos [4], pues consideramos ha de ser de la incumbencia de los organismos señalados para ello, pero sí creemos conveniente indicar la forma en que se podría emprender esta labor, felizmente iniciada ya en algunas naciones, como hicimos constar al principio.

A nuestro juicio, se podría empezar por constituir Comités nacionales en el seno de los respectivos Ministerios de Agricultura, formados sobre una amplia base representativa, que podrían dedicarse inmediatamente a trabajar sobre la sistematización de la terminología de las plagas y a estudiar la normalización de los productos fitoterapéuticos. Paralelamente, y representando estos Comités, se podría constituir otro internacional para fijar el criterio común al que se tendrían que adaptar las normas particulares para cada una de las naciones que voluntariamente se adhieran a esta idea. Las decisiones de esta Comisión deberían caracterizarse por su espíritu amplio y elástico, susceptible de adaptarse a las exigencias particulares de los diversos países interesados.

No se defiende el crear un organismo que pudiera resultar oneroso a las naciones modestas, sino el obtener una solución sencilla sobre la base principal de los Comités nacionales. Si esta idea no llega a prosperar, por lo menos debe recomendarse que se establezcan los citados Comités nacionales, pues aunque los criterios no pudieran ser los mismos en el fondo, el intercambio de las conclusiones y resoluciones de los citados organismos, con sus equivalencias y debida difusión, podría contribuir grandemente a la mejor inteligencia entre los pueblos, como una de las bases para su progreso, que es a lo que todos moralmente debemos aspirar en la medida del fuero de nuestras conciencias y posibilidades.

RESUMEN

Dado el progreso creciente de la protección de las plantas cultivadas y de las complejas cuestiones inherentes a la designación de los insectos, enfermedades criptogámicas, virus, roedores, ácaros, enfermedades fisiológicas y de carencia, así como también a los insecticidas, acaricidas, herbicidas, fungicidas y demás productos fitoterapéuticos, complicado por la falta muchas veces de criterios definidos dentro de las naciones y consecuentemente en el terreno internacional, se propugna la creación de Comités nacionales en el seno de los respectivos Ministerios de Agricultura, encargados de sistematizar para cada país su terminología fitopatológica de acuerdo con un criterio aceptado internacionalmente, así como la de establecer las necesarias equivalencias entre las normas que pudieran adoptarse en los distintos países o entre grupos de países del mismo idioma.

BIBLIOGRAFÍA

1. Association of Applied Biologists. *Common Names of British Insects and other Pests*. Part One, 1947.
2. HALLER, H. L.: "List of names and symbols of the Committes on Insecticide Terminology of A.A.E.E.". *U. S. D. A.*, enero 1952.
3. MUESEBECK, C. F.: "Common names of insects approved by the American Association of Economic Entomologists". *Jour. Econ. Ent.*, **43** (1): 117-138 (1950).
4. RIVERO, JOSÉ M.^a DEL: "Los nombres de los insectos". *Bol. Pat. Veg. Ent. Agr.*, **18**: 41-49 (1950).
5. — "Algunos errores que se cometen en la propaganda de los insecticidas". *Bol. Ins. Nac. Inv. Agr.*, **11**: 481-488 (1951)
6. — "Metoxicloro y lindano, dos nuevos insecticidas". *Bol. Asoc. Nac. Ing. Agr.*, **1** (6): 144-147 (1950).